



FELIX DE PONES
**HOMBRES
CONTRA
HOMBRES**

25ctr

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sabadell, Cnel. Español de Librería - Barberá, 14 y 16 - Barcelona

AÑO XII

APARECE LOS MARTES

NÚM. 666

Hombres contra hombres

Primer analéptico del cinema español,
contra la guerra. Un grito de protesta
ante el asesinato de la Humanidad.

FELIX de POMES

Argumento, dirección, y producción de
ANTONIO MOMPLET

Distribuida en Cataluña por

VICTORIA FILMS

Rambla de Cataluña, 104 - Barcelona

REPARTO

| | |
|------------------------------|------------------|
| Alberto Coriés (Periodista) | } FELIX de POMES |
| Abogado defensor | |
| Dr. Daniel Suárez (Inventor) | } JOSÉ M. LADO |
| Fiscal | |
| Elena (hermana del inventor) | Candiba Losada |

DOCUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Mientras en el mundo actual todos los Estados se preocupan del pavoroso espectro de Guerra, mientras las masas pacifistas van engrosándose a cada momento, en más apretadas filas, al grito de: "¡Guerra a la Guerra!", hay seres que ni el calificativo de humanos merecen, que dedican su más febril entusiasmo a la invención y perfeccionamiento de otros medios más potentes y fulminantes para destrucción de sus hermanos de otras naciones...

"No matarás..." y "amarás a tu prójimo como a ti mismo..." con esas evangélicas frases empieza el film pacifista "Hombres contra los hombres". Son hombres de buena voluntad.

Dejemos que en el brioso corcel de la imaginación, cabalgando a lomo de la cinta de celuloide, nuestra fantasía nos lleve a cualquier país del continente que elijas...

En todo el mundo, cada hora, cada minuto, cada instante, se eleva una voz que, en sentida queja, repite las palabras de la Biblia: "NO MATARÁS", con la soberbia

y orgullo necio de algunos hombres se hace posible que la cruz de tosca madera, sea flor que cubra la inmensidad de los campos, hasta convertir el mundo entero en interminable fosa de la humanidad.

Y a pesar de todo, existía un hombre sabio, ponía su inteligencia y su esfuerzo al servicio de un solo anhelo: conseguir un producto químico capaz, en caso de guerra, de aniquilar y destruir en un momento todo vestigio de vida en un radio de centenares de kilómetros, labor en la que venía trabajando sin descanso desde varios años atrás.

Tal vez aquella misma mañana en que el sabio químico, el Dr. Suárez, intentaba presentar ante su gobierno los resultados de su constante labor de húsqueda, es muy posible que en más de una iglesia, al subir al púlpito el sacerdote o el pastor, terminara su oración, repitiendo las suaves y pacificadoras palabras: "... y amarás a tu prójimo como a ti mismo".

II

Como dique a las pasiones humanas, como lazo de unión y de paz, a raíz de uno de los catástrofes más grandes que han azotado a la tierra, desde que el mundo es mundo,



...ministros y generales todos se alzaron para felicitarle calurosamente.

los hombres crearon un organismo de justicia, que bajo el nombre de Sociedad de las Naciones reuniera a las delegaciones de los diferentes países para coordinar entre ellos mismos una mejor comprensión y anteponer el bien común a las apetencias de ambicioso cualquiera. Para controlar con perfecto conocimiento de causa, los atropellos y vejaciones que la fuerza pudiera hacer a la ra-

zón, en fin, para fomentar y consolidar la paz del mundo.

En una de sus sesiones, como una más de tantas voces que constantemente se elevan en demanda de cordura y de paz, un destacado periodista, Alberto Cortés, puso fin a un debate que prometía torcer el derrotero del mundo llevándolo hacia la muerte y la desolación, promoviendo una guerra más terrible e inhumana, si cabe, que la anterior —, pronunciándose de una manera abierta y decidida en favor de la paz de los pueblos.

Su voz cálida y su tono emocionado habló directo al corazón de los demás miembros de aquella comisión:

"Queremos la paz. Queremos el desarme, sin el cual aquélla no estará nunca suficientemente garantida."

"Debemos laborar todos con nuestro mayor entusiasmo, con toda nuestra buena fe, en pro del trabajo, la paz y el amor entre los hombres."

Sus frases pungentes y carantes de florilegios, pero dirigidas al norte de su deseo indestructible de paz, eran recogidas por el micrófono y diseminadas por la atmósfera del mundo entero y escuchadas con la máxima atención por millones de seres que, como él, odiaban la guerra, por inútil y ase-

aña. Millones de seres que en cívica plegaria gritaban en todos los idiomas: "Queremos la paz..."

"No más armamentos, no más ejércitos, no más preparativos bélicos..."

Por la imaginación de todos, aparecería el cielo cubierto de una inmensa nube formada por innumerables alas de los aviones, pájaros de acero y aluminio, portadores del mensaje de la guerra, flotas y escuadras de todas las banderas surcan los enrespadados mares, cuyo fondo entrecruzan los submarinos, siniestros peces metálicos, prontos a difundir la muerte por doquier.

"Procedamos más que ser fuertes — continuaba — ser buenos."

"Prediquemos la paz entre los hombres como una nueva religión, indispensable para el mundo lanzado en la barbarie de su auto-asesinato. Intentemos evitar por todos los medios que la civilización y la ciencia del hombre no sirvan más que para destruir al mismo hombre."

Encendido en el fuego de su entusiástica fe, quería llegar al corazón de todos, por el medio más rápido y seguro, hablándoles con la verdad cruda y fría, de una realidad aplastante y horriblemente cercana, si todos a una no podían detener la marcha de los

acontecimientos, encanzándolos por el buen sendero.

Había conseguido plenamente su deseo y la votación sería favorable a la justa causa que él defendía y todos los asistentes llevarían durante mucho tiempo, en la memoria las últimas palabras de su discurso:

"Querámonos como hermanos que somos, sin distinción de razas..., ni fronteras..., ni de idiomas..."

III

Desde hacía varios años vivía en una torre algo apartada del centro de la ciudad, el doctor Suárez y su hermana Elena.

Se dedicaba este investigador a las experiencias químicas y para ello tenía instalado en los sótanos de su chalet un completísimo laboratorio de ensayos y experiencias, donde solía pasarse casi por entero su metódica vida de hombre dedicado al estudio.

Quien la hubiera sido posible seguir al Dr. Suárez todos sus pasos aquella mañana, hubiese podido penetrar con él en el acto de presentación de sus proposiciones a los hombres del gobierno de su país, que en consejo secreto e importantísimo se habían reunido para recibirle.

Ante la amplia y regia mesa de un suntuoso despacho de la Presidencia de Ministros, se sentaban diversos ministros y generales.

El propio ministro quiso él, personalmente, hacer la presunción del señor Suárez y una breve y clara exposición del asunto propuesto.

—...y gracias a la magnífica invención aportada por el sabio y patriota Dr. Suárez, podemos decir que nuestro país tendrá en sus manos un arma inigualable.

—Con ella — continuó diciendo el ministro, ante la máxima atención de los demás concurrentes — podemos estar seguros de que el enemigo no invadirá nuestro suelo una vez más.

—Y si llega la ocasión, tomaremos justa y merecida revancha de los ultrajes sufridos en otras ocasiones — añadió, con incontinente arrebató de odio y de ira.

—Nuestro amigo, aquí, presente, nos dirá ahora en qué consiste su gran descubrimiento.

Al decir estas últimas palabras, el ministro dejaba reflejar en sus facciones su satisfacción.

Lentamente el Dr. Suárez se alzó de su asiento y pausadamente dijo:

—El producto por mí descubierto no se

puede comparar a ninguno de los conocidos hasta hoy. Sus efectos son de una violencia y rapidez formidables. Una pequeña cantidad puede suprimir instantáneamente la vida animal en un radio enorme... Mis experiencias me han dado resultados completamente satisfactorios. Estoy, pues, orgulloso de ser útil a mi país. Nada más tengo que añadir que el invento estará sólo al servicio de mi patria...

Estas fueron las últimas palabras que el Dr. Suárez dijo antes que los ministros y generales todos se alzaron para felicitarle efusivamente.

IV

Como ya hemos dejado dicho anteriormente el doctor Suárez vivía con su hermana Elena.

Los dos hermanos habían vivido siempre en la más perfecta armonía y, cuando el amor llegó hasta el juvenil corazón de Elena, el Dr. Suárez sólo quiso la felicidad de su hermana, que estaba enamorada del joven y ya famoso periodista Alberto Cortés, prestigiosa figura en las letras internacionales por sus valientes campañas en pro de la paz.

Era Alberto uno de esos hombres forjado

en el yunque del infortunio y que sólo a sí mismo debía cuanto era y cuanto valía.

Tal vez con un espíritu de poeta, nacido demasiado tarde para ser romántico, quiso hacer versos, pero creyó mejor escribir prosa clara y contundente al servicio de un noble ideal, al servicio de la paz... y así cumplió con su más sincero deseo de defender una causa justa y noble.

Conoció a Elena de manera fortuita y pronto un amor sincero y hondo unió aquellos seres que esperaban realizar juntos sus ensueños de felicidad, en cuanto Alberto llegara a fijar su situación de una manera definitiva dentro de sus actividades, iniciadas bajo tan alagadores auspicios.

Como cada sábado, aquella tarde, después de un pequeño paseo, la feliz pareja llegó a su casa, para cenar juntos y cambiar impresiones con su hermano, el Dr. Suárez, como tenían por costumbre, desde la fecha en que Alberto Cortés había pedido oficialmente la mano de su amada.

La cena del sábado representaba para los enamorados el eslabón de unión con el querido hermano, que en su constante estudio no tenía nunca un minuto para charlar con ellos de sus planes y proyectos, como no fuera en aquella reunión que celebraban el último día de la semana, después de la cena,



- Solo unos cuantos soñadores como tú...

a la que asistía siempre el hermano y el prometido.

Durante toda la cena el señor Suárez se había mostrado excepcionalmente locuaz para lo que él tenía por costumbre.

En una pequeña mesa, en un acogedor rinconcito de salita íntima y mientras oían las notas de lánguido vals popular, muy en boga, que dejaba sonar un precioso aparato de radio, tomaban café el inventor Daniel

Suárez, su hermana Elena y el periodista Alberto Cortés.

Con las manos cogidas y mirándose en el fondo de los ojos, la pareja vivía unos felices instantes de su vida. Sobre la mesita que ante ellos tenían, reposaba el servicio de plata, del humeante café, que en sendas tacitas tomaba el trío.

El Dr. Suárez parecía soñar, mirándolos un poco sonriente, como encantado con la felicidad de aquellos dos seres.

—Quería esperar todavía unos días para daros la sorpresa — dijo de pronto el señor Suárez —. La dote de Elena será más importante de que lo creáis — añadió, en tono humorista, mientras le daba vueltas en la cucharilla al contenido de su taza de café, que sostenía en la mano.

El periodista y Elena, con agradable sorpresa, le escuchaban, hasta que, sin poder reprimirse la muchacha, intervino para decir:

—Ahora sí que podremos realizar el viaje de novios que yo deseaba tanto... Italia, Grecia, Oriente...

—Esta vez te equivocas. Es precisamente mi trabajo el que me va a permitir poderos regalar ese magnífico viaje que tanto ansía Elena — contestó el inventor, que no podía

reprimir la satisfacción que le producía poderles obsequiar.

—Ahora comprendo por qué no me dejabas entrar nunca en el laboratorio. No creía yo — indicó Elena — que tuvieses secretos para nosotros...

—No es por tener un secreto para contigo, por lo que no quiero que bajes al laboratorio. Los experimentos que hago ahora — dijo, con mayor cautela — son mucho más peligrosos...

Tanto Alberto como Elena formulaban la misma pregunta?

—¿Peligrosos?

—Las experiencias son siempre peligrosas, pero los resultados... serán magníficos. Tengo casi definitivamente resuelta la fórmula del producto químico, en verdad excepcional, que podrá suprimir instantáneamente la vida de los seres contra los que será empleado — terminó con acento terminante, de victoria.

De nuevo un vago temor, mezcla de inquietud y deseo de saber, hizo vibrar a Elena y Alberto, casi simultáneamente:

—¿Contra los insectos? — preguntó en seguida Elena.

—¿Contra los microbios? — quiso aclarar el periodista.

Algo tardó la respuesta. Fueron unos ins-

tantos de angustia, que se recargaron de dolor ante la lenta y horrible respuesta del sabio:

—No. Contra los hombres.

La contestación del Dr. Suárez produjo en su futuro cuñado el efecto de una descarga eléctrica. Saltó de su asiento, con un gesto de dolor y dijo alterado:

—Imposible. Tú no harás eso.

La expresión del Dr. Suárez no había cambiado mucho. Tal vez ya sentara con el efecto que habían de producir en el ánimo del periodista sus manifestaciones.

—Sólo unos cuantos soñadores como tú — empezó diciendo — creen que puedo llegar a encontrar el sistema de que la paz reine eternamente entre los hombres. ¡Ilusiones! ¡Utopías! ¡Y siempre, no lo dudes, iluso, niño grande, siempre el triunfo es del más fuerte, no del mejor! — continuó el doctor Suárez —. Partiendo, pues, del principio de que la guerra es inevitable, nuestro deber nos obliga a procurar a nuestro país las armas que le hagan más fuerte y, si llega el caso, aniquilar, antes que ser aniquilados.

El nerviosismo iba apoderándose rápidamente de Alberto, que ya en pie y con visible agitación no pudo menos que contestar:

—Toda tu ciencia no debe ni pueda hacer te olvidar de que tú también eres hombre y tienes corazón.

Elena, en muda súplica, dirigió la mirada de sus negros y bellos ojos en demanda de conciliación, a su hermano, que, queriendo sin duda acabar de convencer a su buen amigo Alberto, se puso también en pie y, pasándole el brazo sobre la espalda, lo aprató contra sí, al mismo tiempo que le proponía:

—Bajemos al laboratorio y ya verás cómo nos ponemos de acuerdo.

También Elena se disponía a acompañarles, cuando su hermano detuvo su acción, con un gesto rápido, advirtiéndole:

—No, Elena, tú espéranos, no quiero que bajes al laboratorio.

* * *

Ante una mesa de laboratorio con retortas y alambiques, intrincados tubos y múltiples aparatos, las dos figuras del Dr. Suárez y Alberto reflejaban su sombra agrandada en la pared blanca del cuarto donde tenía instalado su laboratorio de experiencias.

Como para darle más recogimiento al trabajo, el rectángulo de la habitación disponía sólo de una potente lámpara sobre la mesa de trabajo, dejando en la penumbra el resto del cuarto.

En uno de los ángulos del cuarto, una escalera que conducía a la parte alta del chalet,

Inventor y periodista ante la campana de vidrio y en la mesa de trabajo seguían definiendo sus opuestos puntos de mira.

—Para mayor seguridad de mi secreto no he hecho anotación alguna de mi fórmula: sólo la tengo grabada en el cerebro... ¡Fíjate si me fuese robada y cayese en manos extranjeras!...

Ante sus elementos de trabajo el sabio se enardecía. Se tornaba vibrante y hasta tués locuaz.

—Entre estas paredes he trabajado meses y meses antes de llegar a conseguir el resultado que esperaba. Tú de ninguna manera puedes comprenderme. Ves esta retorta —le indicó el Dr. Suárez, señalando la campana del vidrio que contenía un conejillo de Indias—, pues ahí dentro, donde al parecer no hay nada, se decide la suerte de millones de vidas...

Al mismo tiempo, como para ratificar con los hechos la verdad terrible de sus afirmaciones hizo funcionar un pequeño escape, en una de las tuberías de cristal, que comunicaba con un gran recipiente de líquido violáceo y transparente y casi instantáneamente, el conejo dió una extremidad y quedó inerte. La muerte segura, innegable, estaba allí dentro de aquella frágil concavidad de cristal.



—Es imposible que no comprendas el crimen que intentas cometer.

Alberto no podía todavía reaccionar ante el horror que todo aquello le causaba. Estaba abatido y en su desesperación sólo pudo decir:

—Y... para llegar a esto se han hecho tantos sacrificios en holocausto a la ciencia... Es inconcebible...

—Hoy —aclaró con visible satisfacción el inventor— he tenido una entrevista con

el Gobierno y el Estado Mayor. No es solamente la fortuna lo que me ha inducido a hacerlo. Creo así cumplir con mi deber.

Ni Elena ni yo aceptaremos un dinero ganado en esa forma — anunció Alberto, con acento descompuesto.

Las contestaciones se cruzaban cada vez más airadas y cada uno de ellos dos creía tener en sus teorías la verdad...

En su exaltación, Alberto quiso hacer ademán de romper la retorta, al mismo tiempo que exclamaba:

—Es imposible que no comprendas el crimen que intentas cometer.

Con acertada rapidez el inventor privó de la loca determinación al desesperado periodista.

—¡No seas loco! Un accidente en la retorta y moriríamos instantáneamente. Es peligrosísimo manipular con estos ácidos y reacciones. Puede sobrevenir un accidente fatal con mucha facilidad.

—Me voy, no puedo continuar aquí, al lado tuyo, sin oponerme con todas mis fuerzas a que lleves a cabo esa obra de horrible destrucción...

El doctor Suárez, casi sin dar importancia a la marcha de su amigo, continuó sus palabras y experiencias, mientras Alberto desde lo alto de la escalera, antes de trasponer la

puerta, le dirigía una mirada, mezcla de pena e indignación.

Se cerró la puerta del sótano tras la figura alta y bien proporcionada del periodista y ya a solas, el químico, como hablando con un invisible espectador, dijo:

—Tengo en mis manos el destino de millones de seres...

Aquella noche la despedida de los enamorados fué triste y dolorosa. Alberto, al salir del laboratorio, llevaba en el alma una verdadera tempestad de encontrados sentimientos.

Antes de marcharse, quiso recomendar a Elena que interviniera acerca de su hermano para inducirle a que abandonase sus propósitos.

—Mira, Elena, es necesario que le digas que su invento significa muerte y desolación..., que el mundo quiere paz..., trabajo..., vida mejor y más consciente.

—¿Pero cómo quieres que yo le convenza si tú mismo no has podido? — contestó Elena, con los ojos enajados de lágrimas.

—Es necesario, te repito, encontrar el medio de que abandone su idea, aunque se tenga que apelar a la violencia... — razonó nervioso Alberto, antes de irse.

Una vez los dos hermanos se encontraron juntos, Elena con voz suplicante le rogó que

desistiera de llevar a la práctica su invento.

—Mira, Elena, estas cosas no son para las mujeres. Seguro estoy que ha sido a instancias de Alberto que me haces esta súplica. Yo hago lo que hago por el bien de mi patria y ello es mi máxima justificación — terminó diciendo el químico.

Elena se retiró a sus habitaciones y el Dr. Suárez volvió de nuevo a su refugio de trabajo, fascinado por la ilusión de dar cima, cuanto antes, a la fórmula definitiva de su invento.

En la fría noche, con caminar de autómatas, avanzaba con vacilaciones, como obedeciendo a sus tristes pensamientos, el pobre Alberto, a quien la noticia había impresionado fuertemente. Contra su costumbre de cada semana, al salir de la casa de Elena, no se dirigió a la redacción de su periódico y a pie, en largo paseo, llegó hasta su casa, para ahuyentar de sí la tristeza que le torturaba el alma.

Como un taladro que quisiera perforar el cerebro, sentía martillear una y mil veces las mismas frases:

“En esta retorta se decide la suerte de millones de vidas... Para mayor seguridad de mi secreto, no he hecho anotación alguna de mi fórmula: sólo la tengo grabada en el cerebro...”



Cogió el retrato y estuvo unos instantes mirándolo fijamente.

Y así, entre el terrible suplicio de aquella idea, que no quería ni cristalizar en su mente, llegó hasta la puerta de su casa.

Se sentó unos momentos ante la mesa de su despacho, para destogarse algo ante unas cuartillas, que defendieran su ideal. Todo inútil. No podía, las ideas confusas no tomaban forma, en el blanco papel, que tenía ante sí.

Cerca de él, en un pequeño marco de cuero repujado la imagen de Elena le hablaba de paz y confianza en el porvenir. Cogió el retrato y estuvo unos instantes mirándolo fijamente. El cuello de la camisa le apretaba y, para descansar algo, se aflojó el nudo de la corbata. Reclinó hacia atrás la cansada cabeza... La caricia del sueño cerró sus ojos, pero el tic tac del reloj le repetía en la eterna canción de su ir y venir del péndulo:

"En esta retorta se decide la suerte de millones de vidas..."

Era como si cada vez que el sueño llamara a las puertas de su espíritu, éste se revolviera diciéndole:

"Miserable, puedes dormir, sabiendo que existe un loco que en su demencia de alucinado está forjando la muerte de millones de tus hermanos... ¿Y eres tú, cobardo, quien blasfonas de defensor de la paz y no te sublevas contra él?"

Rasga el silencio, el chirriar de una puerta y la silueta de Alberto se destaca en la oscuridad. Lleva las solapas del abrigo subidas y ambas manos metidas en los amplios bolsillos. Baja dos o tres escalones de la escalera y se detiene como indeciso. Ante su mesa, el doctor interrumpe su trabajo, levanta la cabeza y, al reconocer a su cuñado Alberto, le saluda, fríamente, diciendo:

—¡Ah!, eres tú. Vienes a confesarme tu equivocación, ¿no?"

La expresión sonriente de Daniel Suárez contrasta con la dura fisonomía del periodista. Rápidamente, la cara del Dr. Suárez va reflejando la terrible corteza de que va a ocurrir algo terrible. Su sonrisa de antes se ha convertido en mueca forzada.

Lentamente Alberto saca de su bolsillo la pistola, disparando tres veces en contra del inventor y después de las secas detonaciones que han rasgado la obscuridad del laboratorio con sus seguidos fogonazos, un pesado cuerpo que choca contra las losas, sin proferir ni el más leve grito.

Después... nada. El silencio del más allá... que todo lo iguala..., que todo lo redime...

V

Alberto Cortés, ante el Tribunal de Justicia... Ese era el tema de todas las conversaciones y en todas las bocas se formulaban una pregunta sobre la suerte que le cabría al asesino del gran inventor Dr. Suárez.

La voz del Fiscal anuncia con su saludo al Tribunal y Jurados que la vista ha comenzado. En su banquillo, con la cabeza entre las manos, con los ojos fijos en la cruz

que preside la sala, Alberto Cortés espera que la justicia de los hombres sancione su acto de rebeldía, llevado a cabo por salvar a la Humanidad de lo que él consideraba un enemigo de la paz del mundo.

Como en alegórica representación, el Fiscal tiene un parecido asombroso con el difunto Dr. Suárez y empieza su peroración, diciendo:

— El caso presente no debemos analizarlo como el de un crimen vulgar de los que estamos acostumbrados a juzgar en esta sala. Es algo más grave: Podemos calificarlo de crimen de lesa patria o, mejor diríamos, de alta traición. Todas las razones que intente exponer la defensa, ya no para justificar el hecho, pues éste no tiene justificación posible, sino para atenuar la gravedad del mismo, no podrán hacer más que confirmar lo abominable del acto cometido.

— Una quietud constante reina en estos momentos — añade el Fiscal, dirigiéndose al Tribunal — en todos los países. Ignoramos, presintiendo sin embargo las sorpresas que nos reservará un porvenir, quizás demasiado cercano.

— Y en tanto, un hombre de los nuestros — continuaba señalando al periodista — invocando absurdas ideas de humanidad, arrebatada la vida a uno de nuestros sabios más

queridos y del cual la patria esperaba grandes servicios...

Las últimas palabras tienen tanta fuerza para el pobre Alberto, que, horripilado del alcance de ellas, abre desmesuradamente los ojos, como para darse cuenta de que no sueña...

— Debemos ir más lejos en el análisis de este hecho... Ese hombre será el único responsable si el día de mañana nuestro país se viera invadido, quizás aniquilado, por el enemigo. No una pena de muerte, mil, si pudieran aplicarseles, merecerían los autores de delitos semejantes. Vosotros que representáis aquí la voz de la justicia popular, alcanzaréis a comprender con facilidad la enorme gravedad del crimen cometido. No os dejéis impresionar; escuchad tan sólo la voz de vuestra conciencia y juzgad según ella os dicte. Por último debo recordaros: un hogar desahuido, una mujer privada de sostén y abandonada frente a la vida. Esta es sólo la primera consecuencia del crimen cometido por el acusado.

Elena, a quien el Fiscal acaba de dirigirse en su acusación, lloraba con desconsuelo su doble pesar: la pérdida del hermano y el terrible dolor de que el hombre querido se viera en manos de la justicia.

Ante la emoción de todos los asistentes al

acto, el Fiscal dió por terminada su acusación, dando la palabra al abogado defensor, con las siguientes palabras:

— Por todo lo expuesto, por exigirlo así la ley, mi conciencia y condición de hombre, solicito y espero que los señores del Jurado decidirán así que el acusado sea condenado a muerte.

Los rumores intensos de toda la sala prohibieron de momento al abogado defensor empezar seguidamente su discurso. Por contraposición, la figura del abogado era también el otro "yo" de Alberto Corréa, investido con la toga y tal vez algo más viejo, a juzgar por las hebras de plata que brillaban en su cabello suave y peinado hacia atrás. Su presencia en el estrado fué como un lenitivo en el corazón de todos. Se presentía que sus palabras llevarían algo de calma a las atribuladas almas de Alberto y Elena. Y así fué en efecto.

— Señores del Tribunal, señores del Jurado: Las apariencias, como en tantos otros casos, podrían engañarnos también en el presente. No se trata aquí, como ha dicho antes el señor Fiscal, de un homicidio vulgar. No intentaré negar el acto de mi defendido, ni buscarle atenuantes, invocando la sensibilidad de los miembros del Tribunal y del Jurado. La abnegada rectitud de conciencia de

mi defendido la encontramos en su mismo gesto. No se trata de un acto de atolondramiento o impremeditación, obró en plena lucidez de juicio y a sabiendas de lo que se exponía al hacer tal cosa. Sus humanos sentimientos le impulsaron a cometer un hecho en el cual él era el primero en sacrificarse. Mi defendido ha querido convertirse en un obstáculo más que oponer a esa inmensidad que es la guerra. Muchos de los que estamos aquí hemos conocido los horrores de ella y muchas veces nos asalta como una pesadilla el recuerdo de la mayor de las catástrofes que ha tenido que sufrir el mundo. Han pasado los años, cierto, pero no tantos que hayan hecho olvidar aquellas terribles escenas. Aunque a través de la distancia del tiempo transcurrido veamos las imágenes algo esfumadas, ellas conservan en sí todo el dramatismo y el horror de la más grande hecatombe que el hombre ha conocido desde su aparición sobre la tierra. Crudo autenticidad de un sueño, desgraciadamente real, que todos debemos ansiar que no vuelva a repetirse nunca. No quiero que mi palabra ni argumentos sean quienes defiendan a mi cliente. Vosotros mismos recordad aquellas horas angustiosas y dejad que desfilen por vuestras imaginaciones las imágenes de dolor que todos vivimos en la pasada guerra.

...y podemos estar seguros que una nueva guerra sería aún más terrible o inhumana que la que acabo de evocar, como el más poderoso alegato en favor de mi defendido. Repito, una vez más, ha sido, pues, en su afán de evitar la muerte de millones de nuevas víctimas que Alberto Cortés ha cometido su acto de justicia. No puede por ello, de ninguna manera, ser calificado de criminal; ha sido el suyo gesto de extremada abnegación y es pero que los hombres encargados de juzgarlo sabrán hacer justicia, absolviendo a mi patrocinado.

Terminado el discurso del defensor, el Tribunal y los Jurados levantan la sesión para retirarse a deliberar y el público, a indicación de los bedeles, también van desalojando el salón.

Los hombres que forman el jurado pertenecen a las más dispares y opuestas clases sociales. Hasta sería curioso poder describir uno a uno los diversos tipos que integran el Jurado, pero ello no es posible.

Bajo la presidencia de un hombre, que procurará poner el máximo interés para que de la reunión salga la decisión más justa posible, se inicia la sesión con sus palabras de guía y norte.

—Señores: Nosotros estamos reunidos aquí para decidir sobre la vida de un hombre,

Hemos oído ya las palabras de acusación y las de la defensa. Ahora juguemos con cetera imparcialidad, según nuestra conciencia nos dicte. Ante todo, debemos expresar nuestra opinión concretamente de si el acusado es a nuestros ojos un asesino o no lo es.

Se va a iniciar el voto explicado de cada uno de los Jurados. El primero en hablar es un comerciante gordo y coloradote, que dice, determinado:

—Si la guerra es un crimen, cualquier acto que cometa un hombre para impedirlo, hasta el de matar a otro semejante, no podrá ser nunca clasificado como un asesinato.

Los demás Jurados guardan silencio.

El último Jurado es un artista, un pintor y sus palabras le salen del fondo del corazón:

—Condenando a muerte a ese hombre...

La frase la terminan también fuera de la sala donde está reunido el Jurado, el Fiscal y el abogado defensor, que asimismo repiten:

—Condenando a muerte a ese hombre...

—dice el Fiscal.

...se comete un crimen más... — termina igualmente el defensor.

Todo tiene fin en el mundo. El presidente en pie se dirige a todos los demás Jurados, para anunciarles que:

—En nuestra deliberación el número de

los que consideran culpable al acusado es igual al de los que creen que es inocente. En mi calidad de Presidente debo decidir el desempate en pro o en contra de la condena a muerte.

De nuevo nos hallamos en la sala del Tribunal. El público vuelve a apiñarse en sus bancos para conocer la sentencia. Elena aguarda transida de dolor el resultado de la deliberación, en que tantas cosas para ella, sagradas y queridas, se dirimen. Hay un momento de silencio que nadie quisiera romper. El Tribunal ha vuelto a ocupar sus sitios en la mesa presidencial y de nuevo están sentados en sus escaños los Jurados.

La emoción se refleja en todos los semblantes. El reo, en pie, aguarda el veredicto, que debe disponer de su existencia.

—Oída la acusación y la defensa e inspirados en el sentido de justicia popular que les dicta su calidad de representantes del pueblo — dice el Presidente del Tribunal, dirigiéndose al público y al reo — los Jurados aquí presentes y por mayoría de votos han contestado afirmativamente a las preguntas de la acusación...

La frase fría, protocolaria, de la sentencia, sale de los labios del Presidente para herir, como un dardo, en dos corazones al mismo tiempo: Alberto y Elena...

—...condenando a muerte al acusado.

Un grito agudo rompe la monotonía rítmica de la frascología jurídica, un grito que sale del alma. Es Elena que con la sentencia recibe como Mater Dolorosa la segunda puñalada en mitad del corazón, y en el paroxismo del dolor, cae desmayada en brazos de las personas que se hallan sentadas cerca de ella.

La sentencia ha promovido un alboroto que los agitados golpes de campanilla del Presidente intentan en vano cortar.

EL FINAL VENTUROSO DE UNA PESADILLA

Ring..., Ring..., Ring...

No es la campanilla del Presidente del Tribunal. Es el timbre del teléfono de sobremesa de Alberto Cortés el que suena incesantemente. Al fin consigue cortar el pesado sueño del periodista.

Alberto se había quedado dormido, sentado ante su mesa y sobresaltado coge el auricular, que el timbre le invita a descolgar...

—...Diga..., sí..., soy yo... ¿Un accidente? Pero dónde...

—.....

—Salgo volando..., voy en seguida.

En casa del Dr. Suárez el destino, que muchas veces modifica el curso de las cosas, por medio de accidentes, que parecen estar predestinados a torcer la vida de los hombres, había querido tomar por su cuenta el fin del sabio químico.

Durante aquella noche, y mientras Alberto sufría la penosa pesadilla, viviendo en sueños, aquellas terribles horas sentado en el banco de los acusados, el Dr. Suárez, seguramente al realizar una experiencia con los peligrosos ingredientes que se veía obligado a utilizar para su descubrimiento, había sido víctima de sus propias experiencias y su hermana Elena había tenido que pasar por el dolor de cubrir con un lienzo el rostro del malogrado hermano, que había encontrado la muerte a consecuencia de una intoxicación de los gases por él inventados.

Como sucede en la naturaleza, también en las almas desde una noche borrascosa y de tormenta, que el vendaval haya agitado nuestros sentimientos, viene después el cielo claro y límpido de una mañana venturosa, que nos inunda de dicha y felicidad, y así les sucedió también a Elena y Alberto, cuando tiempo después renació para ellos la calma y pudieron marchar por los caminos de la vida, unidos y cifrando toda su dicha, en su amor y en el amor al prójimo...

FIN

COLECCION PITUSA

LECTURA ESPECIAL PARA NIÑOS

Almanaques

Mickey Mouse
Los tres cerditos
Bimbo
Betty Boop
Juanito Milhombres
El gato Félix
Shirley Temple
Charlot
S. Laurel - H. Hardy
Tarzán



Cuentos infantiles

Nochebuena
Los Reyes Magos
Pitusa en el País de la...

Carnaval Infantil
Noche de Brujas (Betty Boop)
Milhombres cow-boy
La Cenicienta (Betty Boop)
Aladino o la lámpara
maravillosa

Fábulas

El león y el ratón
La cigarra y la hormiga



30 céntimos
ejemplar

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.